Cuento

dramaturgia • poesía

#IdartesSeMudaATuCasa-
Otros mundos posibles

ALCALDÍA MAYOR
DE BOGOTÁ DC

BOGOTÁ
Instituto Distrital de las Artes

La última página

©Álvaro Perea

A pesar de lo difícil de los tiempos, reconozco que no es ingrata la tarea que tan inmerecidamente se me ha encomendado…

Así comenzaba la carta que Francisco José Borda se había convencido debía escribir. "La última página", la había titulado humildemente. Era un día de octubre del 2020, cuando decidió plasmar la idea. Corría el año fatídico en que la Covid-19 ya había eliminado a más de la mitad de la humanidad, y parecía cuestión de días que extinguiera la otra mitad. Borda era un escritor profesional que había tenido un mediano éxito con su primera novela cuando apenas tenía veintiocho años. Algún crítico notable por lo errado de sus juicios había opinado en ese entonces que había nacido para el mundo de las letras el nuevo Gabriel García Márquez, lo que a él no lo satisfizo del todo, puesto que consideraba a Gabo un inflado a quien se le había dado el Premio Nobel por elemental conveniencia política, pues si no era así, ¿cómo era posible que su venerado Jorge Luis Borges nunca lo hubiera recibido? Después de esa primera novela, Borda escribió un libro de cuentos cuya influencia borgiana era demasiado evidente como para ser valorado, al menos por los conocedores. Su habilidad para escribir era indudable, y su erudición, si bien escasamente profunda, abarcaba numerosos aspectos de la cultura y la historia, de la religión y de la ciencia, de la política y del cine, de las artes plásticas un poco y, eso sí, muchísimo de fútbol, no obstante el menosprecio que dicha actividad le producía al genial argentino. Sin embargo, le había faltado olfato para escribir sobre temas que le interesaran a la gente, y la crítica apenas medio lo reseñaba en uno que otro artículo. Sin embargo, entre sus colegas escritores había unos que realmente le tenían admiración, e incluso Vásquez, que era considerado el mejor escritor colombiano posterior a Gabo, en una ocasión se había referido a él como un príncipe de las letras y hasta aseguró que era una de sus grandes influencias. Ahora, a decir verdad, este juicio fue realizado cuando el laureado autor apenas estaba arrancando, y ahora, con todo el éxito a cuestas, ya poco y nada se acordaba de él.

No sé si a esos muchos hombres que hoy llamamos Homero, o a Virgilio, su aventajado imitador, a quien deba atribuirse la primera página digna de llamarse literatura…

Borda —cuya última novela había sido un intento de hacer una nueva versión de la *Divina comedia*, pero para estos tiempos ateos e iconoclastas— se lamentaba de haber dedicado los últimos ocho años de su vida a escribir un libro de setecientas veintitrés páginas que ningún crítico había querido leer y ningún editor publicar. Sin embargo, sus dudas no eran acerca de su talento, sino sobre su sincronía con las tendencias de su tiempo, pues seguía creyendo, como se lo aseguraba Vladimiro, su amigo más cercano, que era lo mejor que se había escrito en los últimos treinta años en Colombia y, por qué no, en el continente. Tal vez, se decía a sí mismo, su ingrato destino era ser una especie de Van Gogh o Sugar Man de la literatura, cuya gloria le esperaba en la posteridad, o en otro rincón de la amplia geografía del universo.

Así como el Dante lo hizo para que lo guiara por el purgatorio, yo también invoco al romano, hoy, cuando, así como él escribió la primera, debo escribir la última página de nuestra historia…

Un año después del rechazo de su última novela, cuando la pandemia creció de una manera exponencial, al punto de ya no atacar solamente a los ancianos y a los enfermos, sino cobrar víctimas de todas las edades, condiciones y estados físicos, tanto las cadenas de noticias como los mensajes en redes sociales empezaron a hablar del fin, pero Borda no lo sufrió. Al contrario, sintió en lo más profundo de su ser la responsabilidad y el llamado a escribir esa última página de la historia de los hombres…

Es hora de brindar por el hombre. De Gilgamesh a Horacio, de Alejandro el Magno a César, del gran Felipe a Cortés, del inglés a Hugo. Es hora de brindar por las ciudades de Alejandría, Jerusalén, Corinto, Roma, Cartago,

Florencia, la Isla de Francia, Venecia, Tenochtitlán, Timbuctú, la Manzana y, por qué no, Bacatá…

El tono debía ser cuidadoso, de tal manera que no pareciera en nada un ejercicio vanidoso, sino un acto correspondiente a un deber superior, puesto que, aunque era cierto que por fin había encontrado un tema al que nadie podía permanecer indiferente, debía ser pudoroso, porque al fin y al cabo se trataba de una tragedia universal. La situación ameritaba la solemnidad en el lenguaje y las referencias eruditas, pero no tanto como para espantar a los intelectos más simples.

Inició entonces con una hermosa alusión a Homero y a Virgilio, pasó por el Dante con suprema precisión y elegancia y luego brindó por el hombre… No era para menos: nuestro paso por el mundo había sido poblado de luces y de sombras, pero sublime en muchos sentidos. Habló también de las ciudades, de las grandes obras, de los inventos, del amor… Ningún tema podía quedarse por fuera, aunque debía también ser sintético, pues lo bueno y lo bello, si breve, dos veces bueno y dos veces bello.

La rueda, la escritura, el papiro, el alfabeto, el número, el libro, la imprenta, el barco, la espada, el avión, el cohete, el celular…

Le encantaban las enumeraciones que sintetizaban el tiempo…

Todo lo recuerdo: la belleza, el genio, el carácter, la amistad, la rumba, el sexo, Leonardo, Rafael, nuestro amado Ludwig van, el gracioso Federico, Hamlet, Alonso Quijano, la Pietá, los arcos, las cúpulas, las torres, las columnas, las pirámides, los estadios, las cuadrigas, el coraje, las batallas, los celos, las traiciones, las mujeres, sus senos, sus piernas, Helena, Europa, Nefertiti, Beatriz, Laura, la Vespucci, la Borgia, la Malinche, la Garbo, la J y Lo (¿Yeiló, quizás…?).

Esta última mención a J Lo le parecía un gran acierto, pese a dudar de su correcta ortografía, pues lo desligaba de una exagerada solemnidad y lo congraciaba con el espíritu pop y desacartonado de los últimos tiempos.

Es hora de brindar por la sombra de una saeta volando sobre la arena, por la España de charango y pandereta, de rado y sacristía, de bota, de fracuelo y de María, por las espadas, las dagas, los machetes, por las manchas del jaguar en la espesura, por el grito de batalla del apache, por el lamento del rabino en Praga y el rumor del viento entre los árboles, por las tormentas, los susurros, las tinieblas y el tonante rayo, y la sangrienta luna de Quevedo, por Aquiles y Héctor, por Rómulo y Remo, por Roldán el Temerario, por Atahualpa y Huáscar, por Romario y Bebeto. Por los papas, los santos, las musas…

Le pareció honorable reivindicar a su adorada España, que tan injustamente había tratado la historia, y así habría seguido si no se hubiera impuesto a sí mismo ser ecuánime y universal. La inspiración brotaba a borbotones, la musa se había apoderado de su genio, tecleaba con furia y dulzura, con vehemencia y frescura las palabras, la belleza de las alfabéticas letras se filtraba por sus dedos… ¿Qué importaba el dinero o la fama? Qué un vulgar Premio Cervantes, qué un geográfico Nobel o incluso un Oscar capitalista, cuando estaba en sus manos escribir la despedida del hombre de este vasto universo.

Recordaba el *Poema de los dones* de Borges:

Nadie rebaje a lágrima o reproche
esta declaración de la maestría de Dios,
que con magnífica ironía me dio a la vez los libros y la noche.

En su caso había una variación: la maestría divina se manifestaba en esa magnífica ironía que le daba a la vez la gloria y la muerte en el último día de la humanidad. Su carta se leería en cada rincón del planeta donde aún hubiera vida. Se leería en las últimas

cadenas de WhatsApp, en los noticieros y periódicos sobrevivientes, en los parlantes de las calles (una referencia cinematográfica que se le venía a la cabeza sin caer en cuenta de que no tenía mucho sentido), es más, quizás la leerían alguna vez los nuevos habitantes del planeta o los de otros planetas o estrellas, quizás los selenitas, de pronto los marcianos dentro de millones de años, quizás Dios…

Por el ajedrez, el infinito go, el póker, el parchis, por los camellos y los caballos, por Bucéfalo, Babieca, Rocinante, Plata. Y la Comedia, *y* Las mil noches y una noches, *y* En busca del tiempo perdido, *y* Lo que el viento se llevó, *y* La noche de las narices…

En medio de su euforia en aumento, es decir, en camino de su exaltación mística, abrieron la puerta de su cuarto y su hijo Jorge Luis, emocionado, le dijo casi gritando de alegría:

—¡Papi, papi, encontraron la cura del coronavirus!

Y Borda no encontró otra palabra dentro del inmenso español para describir lo que sentía:

—¡Jueputa!